

Mason vio primero a los Zero y habló con Foster a través del intercomunicador.

—Tres jaulas de ratas en lo alto, Steve. Preparándose para atacarnos.

El piloto estiró el cuello y miró, finalmente vio los puntos muy por encima.

—De acuerdo —dijo—. Que piensen que no los hemos visto. Vendrán deslizándose para matarnos. Entonces los atraparemos.

Mason se agazapó detrás de su ametralladora y esperó, observando los aviones con los ojos entrecerrados contra el sol poniente. Por delante, Foster conducía el vibrante Avenger a lo largo de su sereno camino. A la derecha se veía la costa de Guadalcanal, una masa de verde selva, con una franja de arena blanca entre el verde y el azul oscuro del océano.

—El Viejo tiene la corazonada correcta, sin duda —dijo Foster en voz baja—. Esas ratas amarillas tienen una base oculta en algún lugar de la isla. De lo contrario, esos aviones suyos no podrían hacer apariciones tan rápidas y luego desaparecer tan completamente como lo hacen. Esos bebés de ahí arriba probablemente sean de ese mismo campo.

A Mason no le interesaba demasiado la conversación. Los Zero se estaban acercando.

Uno de ellos se deslizó en picado como un cuchillo.

—Ahí vienen —gritó Mason, preparándose.

Durante lo que pareció una eternidad, Foster mantuvo el rumbo del Avenger. El segundo Zero se precipitaba en picado y el tercero se acercaba. Mason se acurrucó sombríamente, esperando. Sabía que el Avenger no podría seguir avanzando así sin que lo alcanzaran los proyectiles japoneses.

En cualquier momento...

De repente, el Avenger cobró vida, se elevó hacia el cielo, se paró sobre su cola y ascendió, con el Wright Cyclone chillando un desafío al enemigo que se lanzaba en picado.

El Zero líder giró desesperadamente para seguir al avión americano, derrapando en

un ángulo agudo que casi lo destroza. Tranquilamente, Mason alineó sus miras con el charco de luz que era la hélice del japonés al tiempo que el avión se acercaba y apretaba el disparador.

Cincuenta balas de calibre se estrellaron contra ese charco de acero giratorio y el Zero se desbarató.

El haz de luz desapareció en una explosión de metal destrozado. Largas tiras se desprendieron del capó y el plexiglás que albergaba al piloto desapareció en jirones de escombros voladores que brillaban al sol.

En una fracción de segundo, algo perforó el ala izquierda del Avenger mientras el segundo Zero pasaba a toda velocidad, con los cañones aún humeantes.

Entonces los cañones del ala del Grumman se abrieron y Mason giró la torreta.

El Avenger seguía subiendo y los cañones de las alas estaban apuntando al tercer japonés, cayendo sobre ellos.

Las bocas rojas de los cañones del Zero centellearon perversamente sobre ellos y el Avenger se estremeció ligeramente cuando las balas impactaron.

Agazapándose, Mason se colocó detrás de sus miras y apuntó con sus cañones, pero al hacerlo se oyó un ruido sordo, el Grumman se sacudió por el retroceso del cañón en su morro y luego giró, saliendo de la trayectoria del Zero.

La nave japonesa se sacudió por un momento en el cielo, pareció detenerse en su picado descendente y luego se desmoronó lentamente. Un ala se desprendió y cayó hacia el mar. El avión caía de costado y empezaba a desplomarse, girando y retorciéndose, agitando los restos mientras caía, parte de la segunda ala, el conjunto de cola, el motor, arrancado de los soportes, caía libremente.

Pero Mason no lo miró. Tenía otros asuntos entre manos.

—¿Dónde está el otro? —le gritó a Foster.

Al parecer, Foster no lo sabía, porque no hubo respuesta.

No hubo mucho tiempo para preguntas.

Mason se enderezó para barrer el cielo y, un instante después, un huracán de acero cortante y desgarrador alcanzó a la nave americana: sólo una breve ráfaga de dos segundos, pero una ráfaga que arrancó trozos de metal de las alas, que destrozó el plexiglás, que perforó la cola con agujeros enormes.

El japonés había atacado desde abajo, e incluso ahora se balanceaba a un lado de ellos, con el motor al máximo para huir.

Mason sacudió las armas y se preparó cuando el japonés se puso a la vista. Fue pura suerte, por supuesto, que el Zero subiera directamente a su punto de mira.

Mason aprovechó esa suerte. Accionó los disparadores y los mantuvo presionados.

Las balas de calibre 50 arrasaron la jaula de la rata desde la hélice hasta la cola, convirtiéndola en un cacharro parecido a un colador.

Siguió subiendo por un momento, vaciló, se tambaleó un segundo y luego se deslizó en una larga zambullida oblicua hacia el agua.

Mason se frotó las manos alegremente.

—Bueno, ya está —anunció, pero incluso antes de que las palabras salieran de su boca supo que algo iba mal. Algo iba mal con el palpar del Cyclone. Como si el motor tuviera tos.

—Steve —gritó—. ¡Steve! ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Foster—, pero el motor no. Parece que no le llega combustible.

— La línea de alimentación —sugirió Mason.

—Sí —coincidió Foster—. Ese último mono nos debe haber estropeado un poco.

—No tanto como nosotros a él —dijo Mason.

Foster estaba inclinando la cabeza sobre un lado, tratando de entender algo. El motor se ahogaba y jadeaba.

—¿Qué te parece esa playa de ahí abajo? —preguntó Foster.

Mason la estudió cuidadosamente.

—Debería hacerlo bajar. Pero podría chocar contra una roca o un agujero o algo así. Nunca se sabe.

—No hay nada más que podamos hacer —dijo Foster—. Agárrate el sombrero y cruza los dedos. Allá vamos.

El motor jadeó por última vez y se detuvo, la hélice girando ociosamente, luego quedó muerta. El silencio era aterrador. El viento silbaba inquietantemente a lo largo de la piel metálica de la nave y estaban yendo rápido.

Mason, fascinado, observaba e intentaba relajarse. Mentalmente hacía apuestas consigo mismo sobre si lo conseguirían.

El mar se les venía encima. La playa estaba a la derecha. Nunca lo conseguirían...

Y entonces estaban por encima de la playa, Foster luchando por mantener la nave nivelada. El Vengador golpeó la arena con una fuerza que sacudió los dientes de Mason, saltó y volvió a golpear, amenazando con volcar, y luego se desplazó, deslizándose hasta detenerse.

Foster se levantó, se quitó el casco y se secó la frente con el dorso de la mano. Miró a Mason y sonrió.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó el artillero.

—Echar un vistazo. Tal vez podamos remendarlo.

Era la línea de alimentación, sin duda. Cortada en dos y no muy difícil de remendar, pero eso no era todo.

Foster, regresó a la nave, encendió el motor, miró los indicadores durante un rato y luego volvió a apagarlo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Mason.

—El combustible —dijo el piloto—. Lo hemos perdido prácticamente todo.

Volvió a encender el motor. La aguja del indicador de combustible apenas se movió.

—Alrededor de dos tazas llenas —gimió Foster.

—Podemos llamar a la base —dijo Mason—. Uno de los chicos estará aquí en media hora con suficiente para llevarnos a casa.

—No con esta radio.

Foster pulsó el interruptor. No hubo ningún zumbido.

Mason gimió.

—Será mejor que lo echemos a la suerte —dijo—, a ver quién de nosotros se va a pie para hacerles saber el aprieto en que estamos.

Foster miró a lo largo de la playa.

—Sí, supongo que tienes razón en eso, Hank. Aunque tendremos que tener cuidado. El sol bajará en un rato y uno de nosotros puede ponerse en marcha. Tenemos que mantenernos en las sombras tanto como podamos. Algunas patrullas japonesas suelen andar por ahí.

Unos pies crujieron en la arena y Mason saltó del ala, con la pistola a medio sacar de la funda.

No era un japonés, sin embargo. Era un nativo.

El hombre, al parecer, había salido de la selva sin que se dieran cuenta.

Miró fijamente a Mason durante un momento y luego se clavó un pulgar en el pecho desnudo.

—Yo N'Goni —anunció—. Soy el chico de la misión.

Mason sonrió.

—Yo Hank —dijo—. Él Steve. Americanos.

N'Goni señaló al Vengador.

—¿Máquina que vuela, está mal del todo?

—Sin combustible —explicó Mason—. ¿Lo entiendes, gasolina?

—La conozco —declaró el nativo—. El agua hace que la máquina vaya put-put.

—¿Sabes dónde podemos conseguir un poco? —Preguntó Foster, impaciente por la conversación en jerga.

N'Goni reflexionó.

—Japo tal vez lo tenga.

—¡Japo! —gritó Foster.

—Jap aquí —le dijo N'Goni—. En las colinas. No muy lejos.

—Claro, eso ya lo sé —dijo Foster—. Patrullas merodeando.

N'Goni sacudió la cabeza.

—Muchos japoneses. Máquinas que vuelan. A gasolina.

Los dos yanquis se miraron. N'Goni revolvió la arena con los pies.

—El viejo tenía razón —dijo Foster—. Esas sucias ratas tienen un campo justo en esta isla. Quizá más de uno. Enviando suministros y refuerzos por la noche, tratando de acumularlos.

Giró sobre el nativo.

—¿Puedes mostrarnos dónde? —exigió.

N'Goni sonrió pícaramente.

—¿Hacer ¡bang, bang, boom!? —preguntó.

—Puedes estar seguro de que haremos que hagan bang bum —prometió Foster.

—Yo mostraré —dijo el nativo, aparentemente satisfecho.

Empezó a subir por la playa, pero le llamaron.

—Todavía no —explicó Mason—. Debemos ir a la gran aldea americana antes. Decirle al gran jefe. Muchas máquinas que vuelan vienen. Grandes bang boom.

La sonrisa de N'Goni se ensanchó.

—Yo mostrar gran aldea americana —se ofreció.

—Caramba —dijo Foster—, ese tipo lo sabe todo.

—Chico de la misión —explicó N'Goni pacientemente.

—De acuerdo —dijo Mason—. Tú muestra el camino corto. Nosotros conocemos el camino largo.

—Camino corto —convino N'Goni.

Mason se volvió hacia Foster, esperando su decisión. Foster arrugó el ceño.

—Por derecho —dijo—, deberíamos ir los dos. Volemos la nave antes de irnos.

—¡Volar el avión! —gritó Mason—. Steve, no estás en tu sano juicio. Ese avión está bien.

—No podemos permitir que los japoneses se apoderen de uno —espetó Foster—. Lo sabes tan bien como yo. Es un tipo de avión demasiado nuevo. Una vez que esos monos pusieran sus garras en uno, los estarían fabricando.

—Uno de nosotros podría quedarse y vigilarlo mientras el otro se va —argumentó Mason—. Los japoneses nunca sabrán que está aquí. No se puede volar un avión en perfecto estado. Caray, esas bombas podrían hacer que un montón de japoneses gritaran mamá.

Al final Mason ganó. Tiraron la moneda para ver quién se iba y salió cara para Foster.

Mason, sentado en la arena, se recostó contra una palmera y observó el océano.

Para variar, no llovía y una brillante luna tropical hacía que la playa fuera casi tan clara como el día.

El Vengador estaba escondido en un cocotero, donde Foster lo había hecho rodar antes de partir, y todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo, pensó Mason, dejándose caer contra la palmera, intentando mantener los ojos abiertos. Las olas golpeaban la playa y formaban espuma plateada. El viento cantaba en las palmeras y en la selva un mono gritaba.

Mason se quedó dormido y se despertó sintiéndose culpable. Su trabajo era vigilar el avión. No podía dormir.

El mono parloteaba de nuevo, en algún lugar de la playa. Un parloteo sordo que Mason comprendió de repente que no era tal.

Se sentó como un rayo y escuchó atentamente. Una brisa alejó el sonido por un momento y luego volvió de nuevo.

El artillero se puso en pie, se deslizó de nuevo entre las sombras y siguió escuchando atentamente. Estaba seguro de que no podía equivocarse. Había hombres en aquella playa.

Moviéndose rápidamente, pero manteniéndose en las sombras, se dirigió hacia los sonidos.

Al doblar una punta rocosa que se adentraba en el agua, vio la playa llena de hombres, hombres pequeños que correteaban y llevaban rifles a la espalda. Frente a la orilla había un bote y más allá un par de botes más, que navegaban sin luces, como fantasmas grises a la luz de la luna. Los botes se acercaban a través del oleaje y los hombres estaban ocupados descargando pequeños bidones de metal.

Tumbado entre las rocas, Mason observaba con impaciencia. Sabía que había gasolina en esos bidones. Gasolina para los pocos aviones que los japoneses estaban operando desde su base oculta en las colinas.

Y, Señor, qué hermosos objetivos eran, trabajando a la luz de la luna. Justo en el rango correcto, también.

El sentido común intentó razonar con él.

—No tienes ninguna posibilidad —dijo—. Sólo eres un hombre contra todos ellos.

—Pero —dijo Hank al Sentido Común—, piensa en lo divertido que sería. Chico, ¡podría desparramar a esos bebés!

Un camión retumbó saliendo de la selva, marcha atrás hasta la pila de bidones.

Sigilosamente, Mason se arrastró desde las rocas, se deslizó entre las sombras y corrió. De regreso al avión, desmontó el cañón de la torreta, se ató los hombros con cinturones de munición y se tambaleó trotando nuevamente hacia la playa a paso rápido.

Los japoneses seguían allí. Los últimos bidones estaban siendo cargados en el camión y los hombrecillos morenos, parloteando como monos, se agrupaban alrededor de la máquina. Los botes habían abandonado la costa y regresaban al barco.

Suavemente, con cautela, Mason se descolgó el arma del hombro y la apoyó sobre una roca plana. Con cuidado, colocó los cinturones de munición.

Esperó un segundo para recuperar el aliento, se deslizó detrás del arma y la apuntó con cuidado. Lentamente, su dedo apretó el gatillo y, de repente, el arma empezó a zumbar.

Las trazadoras rasgaron la arena y desgarraron a los soldados que se encontraban en la parte trasera del camión. El grupo pareció convertirse en decenas de hombres gritando. Otros no corrieron, sino que permanecieron inmóviles donde el arma los había derribado.

Con frialdad y precisión, Mason eliminó a los grupos que huían. Un rifle tronó y una

bala chasqueó contra una roca cercana y se fue quejumbrosa al espacio. Otro rifle escupió desde las sombras y Mason oyó el zumbido de la bala sobre su cabeza.

Los hombres habían desaparecido. Más rifles empezaban a hablar, las balas escupían cerca. El cinturón de munición estaba vacío. Mason cogió otro, lo cerró de golpe, apuntó con el arma al camión cargado y se dejó llevar. Oyó cómo los proyectiles del calibre 50 entraban en los bidones y, de repente, el camión estalló en un chorro de llamas azules y amarillas que empalidecieron la luz de la luna e iluminaron la playa y la selva con un resplandor chillón.

Ahora corrían más hombres y Mason los alcanzó. Varios habían salido de debajo del camión cuando las primeras balas se incrustaron en los bidones, pero la cortina de llamas los había alcanzado y atrapado antes de que pudieran escapar.

La gasolina ardiendo serpenteaba hacia el cielo, iluminando cada roca y árbol de la playa. Pero los japoneses habían desaparecido.

Con lo que le quedaba del cinturón, Mason regó la playa, luego saltó de las rocas y se dio la vuelta para correr. Pero al girar casi choca con tres japoneses que cargaban contra él. Con un grito, lanzó el arma vacía contra el primero. Le dio de lleno en el estómago y lo derribó.

Sin embargo, el segundo japonés se acercaba con la bayoneta reluciente.

Sacando su 45, Mason disparó desde la cadera y lo derribó. El tercer hombre se detuvo momentáneamente, levantando su rifle. La pistola ladró con furia y el japonés se desplomó, agarrándose el estómago, haciendo ruidos ahogados.

Mason corrió, corrió con toda la fuerza que le daban sus piernas, lanzándose hacia las sombras. Y cuando las alcanzó, una figura surgió de detrás de una roca y le golpeó la cabeza con la culata de un rifle.

—Por aquí —dijo N'Goni—. Ahora deja el océano. Hacia las colinas.

Foster asintió cansado.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—No mucho —dijo el nativo, y Foster sospechó que mentía.

—Descansemos un minuto —sugirió el piloto.

N'Goni se acuclilló en la arena y Foster se sentó.

—Armas —dijo N'Goni con calma.

—¿Qué quieres decir? ¿Armas?

—Armas —insistió el nativo, señalando con una mano por donde habían venido.

Foster intentó acallar el rugido de su cabeza y aguzó el oído.

Pero pasaron varios segundos antes de que oyera el lejano parloteo de una ametralladora y el menos frecuente chasquido de los rifles.

Caminando en silencio, sin dejar de aguzar el oído, miró hacia la playa. El débil parloteo de las armas fue amortiguado por un estruendo sordo y el cielo lejano se iluminó con una repentina ráfaga de resplandor.

—¡Han encontrado a Hank! — Foster gritó a N'Goni—. Lo encontraron y voló la nave.

Sorprendido por su propio coraje, corrió.

—N'Goni —gritó, pero no hubo respuesta. Se detuvo y miró hacia atrás. El nativo había desaparecido.

Las armas seguían sonando, pero el sonido se perdió al reanudar la carrera. La carrera se convirtió en trote, y el trote en una carrera decidida. La siguiente vez que se detuvo a escuchar, ya no había armas, aunque un destello parpadeante seguía brillando delante de él.

—Le han dado —se dijo a sí mismo—. ¡Tienen a Hank!

Y el pensamiento se convirtió en un tambor que golpeaba en su cerebro, una canción de marcha que mantenía sus pies moviéndose por la arena.

Se maldijo por haber dejado atrás a Hank. Debería haber insistido en que el artillero viniese con él. Deberían haber destruido la nave desde el principio. Eso era lo que debían haber hecho.

Estaba a punto de amanecer cuando se acercó al punto donde habían dejado el Vengador y a partir de ahí se movió con cautela. La luna se había ocultado hacía varias horas, pero la playa seguía iluminada por la lluvia de estrellas que cubría el cielo del trópico.

Vio con un sobresalto que el Vengador seguía allí, medio oculto entre las palmeras. Entonces, la explosión no había sido de la nave, sino de otra cosa.

La esperanza brotó en su interior mientras observaba tumbado en un matorral de la jungla. Hank podría seguir allí, vigilando el avión. La explosión podría haber sido otra cosa, quizá a kilómetros de distancia. Habría sido difícil calcular las distancias en la playa la noche anterior.

Una figura se movió cerca del avión y Foster recuperó el aliento, medio se levantó, un grito brotó de su garganta. Pero el grito se apagó y volvió a abrazarse a la tierra. La figura llevaba un casco de combate y un fusil al hombro.

En la penumbra de las estrellas menguantes, vio a la primera figura encontrarse con una segunda, vio a las dos girar y continuar su patrulla. Ya no había duda. Los japoneses habían encontrado el avión y lo estaban vigilando.

Eso significaba que Hank estaba muerto.

Cansado, una rabia desconcertante sacudió a Foster mientras yacía allí, observando. Finalmente se movió, arrastrándose y corriendo agachado, acechando. Un hecho tamborileaba en su cerebro. Los japoneses no debían quedarse con el avión.

Llegó a un grupo de palmeras, se deslizó de vientre a través de la escasa maleza, se detuvo y se tumbó como un muerto cuando el centinela japonés estuvo a la vista, moviéndose con rapidez, pero con cautela cuando se le presentó la oportunidad.

Agazapado en un matorral, esperó. Uno de los japoneses se acercaba. Foster escuchó el paso firme, la pisada metódica del campo de entrenamiento. El japonés estaba frente a él, avanzaba.

El piloto americano era un espectro silencioso que surgía de entre los arbustos casi al lado del japonés, las manos que se movían hacia la garganta del japonés eran la muerte misma.

El guardia abrió la boca para gritar, pero el sonido murió en su garganta y fue levantado de sus pies y unos dedos como de hierro le mordieron el cuello. Dejó caer el fusil, que resonó en el suelo húmedo, pero ése fue el único sonido. Pataleó y agitó los brazos, pero los dedos no se relajaron. Cuando Foster lo tumbó, el japonés estaba muerto.

De vuelta a los arbustos, Foster esperó.

El segundo guardia terminó su ronda, se detuvo inseguro al no encontrarse con el primero. A medio girar para reanudar la marcha, vaciló, se movió suavemente, casi como un gato, por el costado del avión donde debería haber estado su compañero desaparecido.

Rígido, Foster no le quitó los ojos de encima, le vio detenerse cuando divisó la figura inerte en el suelo.

Durante largo rato, el japonés permaneció allí, mirando fijamente, con el fusil preparado, echando de vez en cuando miradas rápidas y penetrantes, como si pudiera sorprender a alguien.

Se acercó y se lo pensó mejor. Evidentemente temía una trampa, temía que lo que había golpeado a su compañero pudiera golpearle a él también.

Foster podría haberle disparado mientras estaba allí de pie, pero eso habría significado el sonido de un disparo; habría despertado a cualquier enemigo que estuviera al alcance del oído.

Velozmente, como si hubiera tomado una rápida decisión, el japonés se dio la vuelta y echó a correr. Foster se levantó en silencio, agarrando su revólver por el cañón. Lo lanzó con todas sus fuerzas y brilló a la luz mortecina de las estrellas mientras se dirigía hacia el japonés, girando sobre sí mismo. Alcanzó al hombrecillo en la parte baja de la espalda y lo derribó.

Foster se abalanzó sobre él, lo inmovilizó y le aplastó la cara contra el suelo para evitar que gritara. Pero el hombre se retorció bajo él como una anguila engrasada y unas manos con dedos gruesos arañaron al americano.

Foster golpeó la barbilla del hombre con un torpe derechazo, ya que no había espacio para golpear. Los dedos del japonés buscaron la garganta del piloto, no consiguieron sujetarlo y le arañaron con saña la cara, dejándole dolorosos cortes en la mejilla.

Una rodilla se levantó con violencia y golpeó el estómago de Foster, dejándole sin aliento.

En un arrebató ciego de ira, el americano alcanzó la garganta del japonés con una mano y lo arrastró hacia delante. Su otra mano se cerró sobre una pierna. Lentamente, luchando con todas sus fuerzas, Foster se puso de rodillas, se levantó con dificultad, levantó al japonés que se retorció sobre su cabeza. Lo alzó y lo arrojó, con todas sus fuerzas, contra el costado metálico del Vengador.

El japonés gritó poco antes de estrellarse contra el avión, antes de caer hecho un grotesco bulto de trapo, con la cabeza torcida en un ángulo que indicaba que tenía el cuello roto.

Foster se recostó sin fuerzas contra el avión, con la mirada perdida en el mar, donde los primeros destellos pálidos del sol iluminaban un nuevo día.

Minutos después, se acercó a recoger su revólver. Luego arrastró a los dos japoneses muertos hacia la maleza y bajó tambaleándose por la playa.

Allí, detrás de un espolón de roca, encontró la ametralladora del Avenger y sobre la roca un cinturón de munición y muchas vainas vacías.

Más allá, en la playa, había el esqueleto quemado de un camión y bidones de acero reventados. También había manchas oscuras en la arena... manchas donde habían muerto hombres.

Con las piernas abiertas y el cuerpo abatido por el castigo recibido, Foster se quedó mirando las huellas del camión que salían de la jungla, y desvió la mirada hacia la jungla que se extendía, negra y verde con la llegada del amanecer.

Allá arriba, en algún lugar, estaba la base aérea japonesa. Allí arriba había un trabajo que hacer.

Y allí estaba el Vengador que había que destruir y las bombas que se podían utilizar.

También había otra cosa. Hank estaba muerto. Eso requería algún tipo de gesto apropiado, algún tipo de justo homenaje.

Steve Foster se puso de pie, con las piernas rígidas, y se quedó mirando las colinas.

Pero Hank Mason no estaba muerto.

Se sentó en el borde de una cama hecha de palos y se sujetó la cabeza con las manos. Le dolía la cabeza. No era de extrañar, pensó, después del golpe que se había dado con la culata del rifle.

El cuenco selvático en el que se hallaba la base japonesa desprendía un calor sofocante.

Un guardia japonés se recostó contra la puerta de la cabaña y al mirar más allá de él Mason pudo ver el campo de aviación, pequeño pero lo suficientemente bueno para aviones pequeños y pilotos a los que no les importaba si vivían o morían. Despegar y aterrizar sería complicado en un lugar así, pero tenía la ventaja de estar bien escondido, difícil de encontrar. Mason sabía que la única forma de descubrirlo era que un avión lo sobrevolara directamente.

Grandes bidones de combustible estaban apilados a lo largo del campo y una línea de aviones descansaba bajo un endeble camuflaje. Un grupo de nativos se afanaba en el campo, arrancando piedras y tocones, mientras los guardias japoneses vigilaban de cerca, vociferando palabras bruscas a cualquiera que pudiera rezagarse.

Mason se quitó la mano izquierda de la cabeza y miró el reloj. Eran casi las diez. A esa hora Foster y su guía nativo habrían llegado a la base americana. Pronto uno o dos aviones saldrían rugiendo para rescatar al Vengador varado. Si sólo hubiera alguna manera de hacérselo saber. N'Goni, por supuesto, les habría hablado de la base japonesa, pero estaba el problema de encontrarla. A menos que un avión la sobrevolara directamente, sería difícil descubrirla.

Si hubiera alguna forma...

Sus ojos se entrecerraron mientras miraba los bidones de combustible. Después de todo, podría haber una forma. Si tan sólo supiera cuándo estarían cerca esos aviones.

Desvió la mirada hacia el guardia. El tipo le observaba atentamente con sus brillantes ojos negros. Algo sobresalía del bolsillo del hombre... un mango largo y un bulto en el bolsillo. Mason tragó saliva. Si no se equivocaba, se trataba de una granada de mano, una de esas que se usan para machacar patatas.

—El americano se siente muy mal —le dijo el guardia, con tono jovial.

—Cállate —gruñó Mason.

La cara del japonés se ensombreció y sus ojos se volvieron más brillantes, si eso era posible.

—No me hables así —dijo—. Soy igual de bueno que tú. Tal vez mejor.

—Y que lo digas —dijo Mason.

El guardia apuntó su arma hacia Mason.

—Yo hacerte cosquillas un poco, tal vez. Hablar diferente, entonces.

Mason miró fijamente la bayoneta.

—Mantén esa cosa fuera de mi alcance, Joe —advirtió—, o te la quitaré y te cortaré la molleja con ella.

—Comandante nos vemos en un rato. Hablaremos contigo. Luego te sacamos y te matamos—. El japonés entrecerró los ojos para ver cómo se lo tomaba Mason.

—Ustedes, pequeños buitres, se divierten matando gente, ¿no? —dijo Mason.

—Hablas demasiado —siseó el japonés.

—¡Ya lo creo! —dijo Mason.

El guardia entró en la chabola, se acercó, con el rifle de bayoneta tieso delante de él.

—Yo estropearé un poco —decidió.

—Al comandante no le gustará eso —advirtió Mason.

—Al comandante no le importará. No demasiado.

Avanzó con pasos torpes, empujando el acero puntiagudo cada vez más cerca. Mason lo observaba ociosamente, pero la sangre le latía en la garganta. Esta provocación al guardia era correr un riesgo, un terrible riesgo.

El japonés se acercó bailoteando, con los ojos brillantes.

La bayoneta no estaba a más de quince centímetros cuando Mason se movió... se movió como un muelle que se desenrolla. Con un solo movimiento apartó la bayoneta, se puso en pie y golpeó al japonés con el puño. Fue un golpe circular, casi desde el suelo. Alcanzó al japonés en la barbilla incluso antes de que pudiera mostrarse sorprendido, lo levantó del suelo y lo estampó contra la pared.

Con los ojos vidriosos, el hombre cayó al suelo.

Con un gruñido de satisfacción, Mason recogió el rifle caído, utilizó la bayoneta, se inclinó sobre el que había sido su guardia y sacó del bolsillo el objeto de mango largo. Era una granada, sin duda.

Con ella en la mano, se acercó a la puerta de la caseta, asomó la cabeza y miró cautelosamente arriba y abajo. Parecía haber japoneses por todas partes, pero ninguno miraba en su dirección.

Decidió que sólo había una forma de hacerlo. Si corría, se darían cuenta de su presencia y estarían sobre él en un minuto, seguros de que estaba huyendo. Pero si caminaba no llamaría la atención. Quizá se extrañaran, pero pensarían que estaba bien y le darían el tiempo que necesitaba.

A su pesar, apoyó el rifle contra la pared, se puso la granada en el cinturón y salió a campo abierto.

Caminando despacio, había recorrido unos treinta metros cuando alguien le gritó. Conteniendo las ganas de correr, siguió andando sin prisa. El grito no se repitió.

Otros treinta metros. Aquellos barriles de combustible estaban ahora más cerca, mucho más cerca. Sólo unos pasos más y en un momento podría alcanzarlos.

Otro grito. Un coro de gritos y el golpeteo de pies corriendo.

Mason sacó la granada de su cinturón, sacó el seguro y la cargó. Luego se agachó y corrió. Los rifles restallaron y los proyectiles levantaron polvo a sus pies y delante de él.

Se escondió detrás de una cabaña y chocó contra un soldado asustado. Desde el campo llegó el estruendo de la granada, el rumor de las llamas.

El impacto había hecho perder el equilibrio al soldado y, mientras se tambaleaba, Mason alargó la mano y le arrebató el fusil.

Justo delante había una ladera rocosa. Corrió hacia ella. Algo dio un tirón en su costado y un dolor agudo le atravesó.

Detrás de él, un bidón de combustible estalló con un estruendo sordo. Echó un rápido vistazo por encima del hombro. Un humo negro se extendía por encima del campo.

Además, y más importante, al menos una docena de japoneses le pisaban los talones.

Se dio la vuelta y levantó el fusil. El mecanismo no le resultaba familiar, pero hizo dos disparos. Ambos contaron. Luego volvió a correr, tropezando cuando algo le golpeó en el hombro.

Un rugido le llenó la cabeza y cayó de rodillas. Sabía que era el fin. Le atraparían. Sería carne fría para los japoneses.

Pero el rugido no estaba sólo en su cabeza. Había otro rugido. El rugido gutural de un motor barriendo hacia abajo en el tazón. Y luego otro sonido. El parloteo de las armas, un sonido perverso y despiadado, un gruñido in crescendo que parecía abatirse sobre él y luego se detuvo.

Se dio la vuelta y se sentó, mirando al cielo.

Sobrevolando el campo había un avión, un avión que reconocería en cualquier parte. ¡El Vengador que había dejado en la playa!

El campamento era un pandemónium. Los chillidos de los japoneses corrían. Delante de él yacían cinco de ellos, acribillados por las ametralladoras.

—Steve —gritó—. ¡Dales, Steve!

Como respuesta, un objeto negro saltó de la panza del avión y se precipitó a tierra. La tierra y el polvo se elevaron en un destello de fuego y humo. Otra bomba estaba cayendo y de nuevo las colinas resonaron con el ruido sordo de una bomba de quinientas libras.

Los aviones camuflados habían desaparecido, el fuego los devoraba.

Con dolor y esperanza, Mason se puso de rodillas y gateó. Tal vez si subía por aquella ladera cuando nadie se fijara en él, podría tener una oportunidad.

Otra bomba sacudió la tierra y Mason contó: “Tres”. Quedaba una.

Llegó la explosión. Eso era todo lo que quedaba.

Un antiaéreo se disparó y el Vengador aulló en respuesta, aulló y luego tartamudeó con ráfagas diabólicas.

Unos pies repiquetearon detrás de Mason y alguien se agachó para levantarlo.

—Yo llevar —dijo N'Goni.

—N'Goni —gritó Mason—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Pero no esperó la respuesta, porque, incluso mientras hablaba, llegó un sonido que le heló el corazón. La tos del motor del Vengador.

Entonces recordó. Sólo tenía un poco de gasolina. Ahora se había agotado. La nave caería.

Se levantó con dificultad y observó, con un dolor apagado en el corazón. El Grumman, con la hélice girando a duras penas, se dirigía hacia la ladera donde él estaba. Se precipitaba hacia ellos, cada vez más rápido.

—¿Es Steve? —gritó Mason a N'Goni—. ¿Es ese Steve ahí?

—Tal vez —dijo N'Goni—. Él volver. Escucha armas. Así que se fue.

Así que Steve había vuelto. Había oído armas y había vuelto. Pensando que mantendría a su artillero fuera de problemas, sacándolo de un lío.

El Vengador levantó ligeramente el morro al chocar contra las altas corrientes de la ladera, por un momento casi pareció detenerse y luego se estrelló a no más de cien metros por encima de ellos.

N'Goni corría colina arriba, devorando la distancia, mientras Mason cojeaba detrás.

Abajo, la base japonesa estaba en llamas, con gruesas columnas de humo en el aire. Los aviones aparcados ardían, los depósitos de combustible arrojaban espesas nubes negras.

Un nuevo sonido detuvo a Mason en seco. El zumbido distante de muchos motores. Un zumbido que creció hasta convertirse en un rugido y luego en un chillido.

Una formación de bombarderos norteamericanos se asomaba por el borde del tazón, bombarderos que aullaban sobre los japoneses con cañones de fuego y un estruendo de bombas. A ciegas, Mason subió por la ladera.

N'Goni estaba ayudando a Foster a salir del Avenger y, a través de la sangre que manaba de un corte en la frente, el piloto sonrió a Mason.

—¿Estás bien? —jadeó Mason.

—Perfectamente —dijo Foster.

—Pero N'Goni, ¿cómo lo sabían los americanos? No podías haber llegado y vuelto tan pronto.

—Yo enviar hermano —explicó N'Goni—. Recuerda que tienes que trabajar para Jap. Si no hay trabajo, los japoneses se enojan. Matar a la familia, tal vez. Envía a tu hermano. Dile qué decir.

—Así que por eso me abandonaste —dijo Foster.

N'Goni sonrió.

—Me acuerdo rápido. Japo loco, japo malo.

—Ahora no están locos —dijo Foster—. Sólo están muertos de miedo.

La base era un hervidero de humo, llamas y motores rugientes mientras los aviones yanquis la cruzaban y surcaban sembrando la destrucción. Con cañones y bombas, los japoneses estaban siendo aniquilados.

—Siéntate —dijo N'Goni—. Tú mira. Yo también...

Se acucilló, sonriendo.

—Un gran sitio en la tribuna —dijo Foster.